

# ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN I



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

---

Rosana Guber y Lía Ferrero

*Antropologías hechas en la Argentina*. Volumen I / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);  
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020  
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

ISBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-4-4 Volumen I

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

---

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: Leopoldo J. Bartolomé. Misiones, S.f. / S.a.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

# Contenido

<b>Agradecimientos</b>	11
<b>Introducción</b>	15
ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO	
<b>1. El territorio habitado. Origen, arrinconamiento y periferia</b>	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	45
La eternidad de lo provisorio. El sistema geográfico de Enrique Delachaux y el orden de las colecciones antropológicas en la Argentina	47
IRINA PODGORNÝ	
Tucumán y su antropología de provincia con proyección nacional	77
SERGIO CARRIZO	
Religión, política y prehistoria: una nueva apreciación del persistente legado de Oswald Menghin	95
PHILIP L. KOHL Y JOSÉ A. PÉREZ GOLLÁN	
Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida	127
ROLANDO SILLA	
Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)	151
MIRTA BONNIN Y GERMÁN SOPRANO	

Análisis histórico y estado actual de la antropología biológica en la Argentina	183
---	-----

RAÚL CARNESE, JOSÉ COCILOVO Y ALICIA GOICOECHEA

## **2. Articulaciones locales de la expansión. Procesos de clasificación, colonización y nacionalización**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	219
--	-----

Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto	221
---	-----

ANA MARÍA LORANDI

Invencción, circulación y manipulación de clasificaciones en los orígenes de una antropología misionera	241
---	-----

GUILLERMO WILDE

Perspectivas antropológicas para el análisis histórico de las fronteras	275
---	-----

LIDIA R. NACUZZI Y CARINA P. LUCAIOLI

Los llanos riojanos en el siglo XVIII. Problemas, actores y métodos en una investigación interdisciplinaria	305
---	-----

ROXANA BOIXADOS Y JUDITH FARBERMAN

Arqueólogos y brujos: la disputa por la imaginación histórica en la etnogénesis Huarpe	327
--	-----

DIEGO ESCOLAR

## **3. Nuestra primera antropología social**

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	359
--	-----

La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales	361
--	-----

EDGARDO GARBULSKY

Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño	379
--	-----

SANTIAGO BILBAO

De Empedrado a Isla Maciel. Dos polos del camino migratorio HUGO RATTIER	441
¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino ESTHER HERMITTE Y CARLOS HERRÁN	463
Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social HEBE M.C. VESSURI	487
Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe, 1971-1976 EDUARDO ARCHETTI	525
La familia matrifocal en los sectores marginados. Desarrollo y estrategias adaptativas LEOPOLDO BARTOLOMÉ	547
 <b>4. Las lenguas de un país monolingüe</b>	
Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	575
Los pueblos indígenas del Gran Chaco JOSÉ BRAUNSTEIN	577
Convergencia lingüístico-cultural en el análisis de los toba 'qom' hablantes asentados en el barrio Los Pumitas, Rosario, Argentina MARGOT BIGOT Y HÉCTOR VÁZQUEZ	589
El 'hablar bien' mapuche en zona de contacto: valor, función poética e interacción social LUCÍA GOLLUSCIO Y ANA RAMOS	605
"Guaraní sí, castellano más o menos". Etnografía en colaboración con niños/as en una escuela rural de Corrientes, Argentina CAROLINA GANDULFO	631
Clase, masculinidad y lenguas en el trabajo migrante santiagueño HÉCTOR ANDREANI	657

## Tucumán y su antropología de provincia con proyección nacional<sup>1</sup>

SERGIO CARRIZO<sup>2</sup>

De vuelta a la universidad. Nada ha cambiado: mi antiguo salón está abarrotado de cerámica... El Instituto está como siempre, pero sus directivos, prefieren a los forasteros [...] Excursión a Raco con Paz Posse, un rico cañero de Tucumán. Un tipo un poco gordo pero no hostil: sabe escuchar y no dice tonterías... Las colecciones son realmente espléndidas, en particular un mortero antropomorfo.

Alfred Métraux (1978: 56).

- 
- 1 Es éste un artículo inesperado para el *establishment* historiográfico de la antropología argentina. La de Tucumán fue una universidad generada por la elite local, agro-industrial y francófila, que promovía una antropología experta en los orígenes étnicos de los trabajadores indígenas de la caña de azúcar y la profundidad prehistórica de la provincia. Desde una universidad del Noroeste, región académicamente subsidiaria de la poderosa Córdoba, nació la primera licenciatura antropológica, precediendo a las principales academias argentinas, La Plata y Buenos Aires. Allí, próxima al pucará de los Quilmes y a los menhires y tuestos arqueológicos de las primeras sociedades agro-cerámicas de las estribaciones australes del Imperio Incaico, se abrió un campo de estudios que intentó, siquiera brevemente, reconstruir sus pasados, poner en valor a la provincia donde se declaró la independencia de las Provincias Unidas del Río de La Plata (1816), y proyectar políticas culturales y sociales sobre las poblaciones indígenas y, en el futuro, sobre sus trabajadores. El autor nos revela el surgimiento, y también el declive de una edad de oro desconocida y lamentablemente trunca de la historia y la historiografía disciplinar. Complementar con secciones 3 (S. Bilbao y H. Vessuri) y 7 (A. Isla).
  - 2 Investigador y docente de las cátedras “Historia Indígena” de la carrera de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, y de la cátedra de “Metodología antropológica para arqueólogos”, carrera de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán.

De esta manera Alfred Métraux registró en su diario de campo, entre marzo y julio de 1939, algunas de sus impresiones sobre la antropología que se practicó en Tucumán. Diez años habían transcurrido desde la institucionalización formal de esta ciencia dentro de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT).

En consonancia con el creciente complejo industrial agro-azucarero, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX la elite tucumana proyectó la Universidad con características industrialistas y regionalistas. Entendían que cada región debía atender a las necesidades zonales, integrándose a las exigencias nacionales para posteriormente proyectarse a la cultura universal. La búsqueda de pertenencia y el mejoramiento regional fueron las bases y puntos de partida de aquella elite conductora, nucleada en la denominada Generación del Centenario. Como plantean Fabiola Orquera y Soledad Martínez Zucardi (2017) la producción cultural en el noroeste argentino se organizó en torno a tres ejes centrales: el sistema económico dominante de la industria del azúcar, la UNT como institución regente y el peso geográfico de los Valles Calchaquíes. A partir de ellos podemos observar la vida y los conflictos suscitados por las formas de producción económica dominante, las tensiones y pugnas que generaban algunas de las corrientes estéticas, políticas e ideológicas provenientes de los centros urbanos cosmopolitas, y las sobresalientes manifestaciones de las culturas preexistentes a la llegada de los europeos. En ese contexto la Antropología institucionalizada jugó un rol decisivo sobre cuestiones definitorias de la identidad y el protagonismo tucumano, aportó a la construcción de imágenes sobre el pasado indígena, y desplegó sus saberes en pos de la conformación del estado nacional.

En este capítulo analizaremos brevemente ese proceso. Si bien existen relatos históricos detallados (Berberian y Capuano 1974, Arenas, Aschero y Taboada 2010, y Carrizo 2015, entre otros), buscaremos aquí visualizar la progresiva injerencia, que a nivel nacional, tuvo una antropología de provincia como la tucumana. Esta fue pionera y muchas veces de avanzada. ¿Cuáles fueron sus puntos de partida y los alcances de su proyección? Inicialmente, y en forma escalonada desde fines del siglo XIX, las “ruinas” arqueológicas provinciales, los menhires o estelas monolíticas monumentales, morteros y colecciones de cerámica, fueron progresivamente cobrando valor. Posteriormente se le sumaron, las poblaciones marginalizadas con profunda ancestralidad indígena, los cantos, las prácticas folklóricas, algunos documentos, e incluso esqueletos humanos, que sirvieron como insumos para dar forma a una antropología de provincia. Desde sus inicios hasta mediados del siglo XX, esa antropología tucumana logró un importante posicionamiento con gran proyección nacional. Indagamos aquí, qué condiciones hicieron posible a que ciertos actores intelectuales, textos, materialidades arqueológicas, discursos, y hasta una titulación académica en materia antropológica, obtuviera tal reconocimiento en el país.

No podemos disociar a esta antropología de provincia de su elite local. Indudablemente, tanto sus éxitos, así como sus frustraciones, se deben en mayor y menor medida, al impulso y al desgano vivido acorde a la dinámica propia de dicha elite. Para Claudia Herrera (2006 y 2007) el poder de los grupos dominantes tucumanos se originó en el siglo XVIII a partir de la acumulación de ciertos capitales mercantiles. A lo largo del siglo XIX esta elite generó instancias de cooperación y la reciprocidad política-económica con el poder del gobierno central. Esto le permitió a los tucumanos elevarse constantemente a la esfera nacional, tener protagonismo destacado en múltiples ámbitos, y obtener favores, incluso en lo concerniente a cuestiones académicas. Por ello Tucumán contó con la primera universidad de la región, y desde allí canalizó y articuló sus saberes etnológicos-arqueológicos, que a su vez redundaron en beneficios para su matriz eminentemente productiva agro azucarera. El plus del alto valor histórico con el que contaba esta provincia por haber sido parte del incario, luego paso obligado hacia el Perú y posteriormente cuna de la independencia, la erigió como baluarte modernizador y síntesis representativa de la nación Argentina.

La elite local decimonónica, perfecta concedora de aquellas valías, las hizo jugar en pos de alcanzar ciertos favores y atribuciones. Es por eso que los saberes arqueológicos, etnológicos y antropológicos lograron convertirse en un gran insumo para contribuir a la consolidación en el poder de los grupos dominantes provinciales. Así llegados a fines del siglo XIX, la elite tucumana tuvo un carácter distintivo en la esfera nacional, con respecto a las otras elites. Por haber ayudado a terminar con los focos localistas del norte, y por tener siempre tuvo una actitud contemplativa y articuladora para con el centralismo porteño, la dirigencia tucumana gozó de favores y representaciones políticas, que le permitieron obtener a su vez beneficios materiales concretos tales como el trazado del ferrocarril, líneas telegráficas, y escuelas, entre otros. Con estos elementos la elite tucumana se permitió erigir a su provincia como el polo dinamizador de la región. Sin embargo la actitud de esta clase dirigente no fue servil a las pretensiones de la elite dominante del litoral pampeano. Por lo contrario, entre ambas, hubo acuerdos y disensos. En suma, en la capacidad para poder negociar e intercambiar favores políticos y económicos entre estas elites, se encuentra un sostén vertebrador de la nación. Y allí operaron los saberes antropológicos, que muchas veces en forma articulada y otras tantas desde posiciones encontradas, intentaron comprender nuestra compleja alteridad.

## El formato arqueológico y etnológico y la función nacionalizante

¡Cuántas antigüedades, cuántos monumentos para la historia no existirán desconocidos bajo tantos escombros! Era precisamente lo que, en medio de esas soledades majestuosas iba yo con sentimiento discurriendo conmigo mismo, sintiendo encontrarme sin recursos para desenterrar siquiera un objeto, que hubiera podido hacerme recordar mi viaje por aquellos lugares. (Liberani y Hernández 1950: 131).

Con estas palabras, el 15 de enero de 1877, el profesor del Colegio Nacional de Tucumán Inocencio Liberani redactó una carta dirigida al rector de la institución que lo albergaba, José Posse, dando cuenta de sus descubrimientos arqueológicos. Es que desde fines del siglo XIX el estado provincial junto a algunos científicos y los sectores sociales de la elite local tucumana, delinearon prácticas, políticas, instituciones académicas y marcos legales con los cuales las materialidades indígenas pasaron a ser concebidas como elementos de bien público. Allí, los conocimientos arqueológicos y etnológicos generaron expresiones concretas y de gran presencia sobre las manifestaciones culturales pasadas de las sociedades indígenas, las cuales a su vez, ayudaron a construir la nación argentina. De hecho, las expediciones que realizaron en 1877 por los profesores Inocencio Liberani y Rafael Hernández, fueron utilizadas para la creación de *una* territorialidad provincial (Carrizo 2010a), y para el conocimiento de la temporalidad ancestral dentro del espacio nacional. Las descripciones de objetos materiales y sitios arqueológicos aportaron a la conformación de relatos históricos, partiendo de la idea de “civilizaciones en *ruinas*” o directamente *extinguidas*. El formato de una práctica arqueológica se encontró en ruedo, y la utilidad nacionalista lo amparó. Los discursos de las jurisdicciones provinciales, Catamarca por ejemplo, articularon y se tensionaron con los relatos arqueológicos/etnológicos que desde Buenos Aires se fueron creando. Así los conocimientos producidos por los primeros trabajos de esta academia local, se entrelazaron en una cadena de interpretaciones hechas por los agentes provenientes de los espacios metropolitanos, entre los que podemos nombrar a Juan Bautista Ambrosetti.

Tucumán que antes había aportado con la sede de la Declaración de la Independencia el 9 de julio de 1816, con la batalla de 1812 donde Belgrano frenó al avance realista, y con algunos presidentes como Nicolás Avellaneda y Julio A. Roca, llegando el final del siglo XIX trató de cooperar con su conocimiento sobre el pasado indígena en el relato histórico nacional. Esta fue su función y contribución a los diversos mecanismos dentro del proceso de formación nacional de alteridades (Briones 2005). La provincia empezó a aportar vasijas cerámicas, ruinas de ciudades ancestrales y menhires o estelas monolíticas. Así, dentro de las maquinarias estatales decimonónicas, y especialmente en la tucumana, las disciplinas que conformaron luego el campo antropológico tuvieron un papel

significativo en la ejecución de criterios, categorías y legitimaciones, las cuales se sirvieron de ideas de autoctonía o indianidad, útiles para construir vínculos nacionales y dar muestras de estatidad. Oscar Oszlak (1982) definió a la “estatidad” como un conjunto de propiedades de poder, autoridad, control y la capacidad de internalizar una identidad colectiva, por medio de símbolos que refuerzan la pertenencia social. Estos atributos del estado nacional argentino no fueron exclusivos de Buenos Aires. Y, particularmente Tucumán, con su actuación política y cultural participó en la construcción de aquella estatidad.

Durante la década de 1870 esta provincia tuvo dos formas de entender y practicar la política, a través de la dialéctica antagónica expresada en los avellaneditas, quienes valoraron positivamente los pactos y los arreglos por un lado, y los mitristas que concibieron a la competencia y lucha constante, por otro. Para Diana Ferullo (2012) estos dos perfiles políticos alentaron fragmentaciones que llevaron al fracaso de la Conciliación de Partidos, la cual se intentó concretar durante esa década. Superada esta instancia de complejidad política fragmentaria, el estado tucumano entre 1880 y hasta bien avanzado el siglo XX fue escenario de la consolidación paulatina y ampliación de una elite, generadora de una de las etapas más profundas de transformaciones socioeconómicas, producidas gracias a la industria azucarera. Dicha elite se comprometió a seguir encausando a Tucumán dentro de los procesos históricos nacionales con un gran protagonismo. En definitiva, el territorio provincial y ciertos objetos indígenas pasaron a ser alterizados, por parte de la elite local, para cumplir con su cuota a la argentinidad.

Las vinculaciones entre el estado-nación, las clases dirigentes locales y el mercado nacional creado para la expansión del capitalismo moderno en la Argentina, colocaron a Tucumán dentro de un juego de intereses y con muchos elementos para aportar. Para la historiografía oficial, los acontecimientos significativos nodales del país fueron localizados en las áreas de la pampa húmeda y del litoral mesopotámico. Excepto la independencia, declarada en 1816 en Tucumán, los hechos políticos-institucionales desde la revolución de mayo de 1810, pasando por el derrumbe de la confederación rosista, la promulgación de la constitución nacional, hasta la federalización de Buenos Aires, tuvieron un desarrollo casi exclusivo dentro del espacio porteño. Es por eso, que en la mayoría de los estudios predominó la idea de que en 1880 se concretó un proceso unidireccional de penetración y subordinación progresiva del estado nacional hacia las periferias provinciales (Oszlak 1982). Sin embargo, desde las nuevas miradas como las que proponen Beatriz Bragoni y Eduardo Míguez (2010) se sostiene actualmente que el estado nacional se fue imponiendo sobre la sociedad civil, no desde la organización central porteño-céntrica, sino a partir de la convergencia de las catorce provincias que lo precedieron desde tiempo de la colonia. Estos autores argumentan, además, que las elites de la capital diseñaron un proyecto político liberal y moderno, para ser implantado en el territorio nacional, pero que se

encontraron con resistencias que no se resolvieron con la imposición de reglas, instituciones, soluciones, ideas o recursos de arriba hacia abajo, del centro a la periferia, de Buenos Aires al interior, sino que fue un proceso articulador más complejo, en el que se debían contemplar los intereses y la voluntad de un conjunto amplio de actores del territorio argentino.

En este juego el empresariado azucarero, que representó a una parte de la elite tucumana, se insertó articuladamente dentro del esquema del modelo exportador pampeano. A su vez, la clase política provincial, también miembro de esa elite, coordinó sus acciones con las de la maquinaria del estado nacional, el cual se encontraba en creciente expansión. Así, la aplicación de estrategias proteccionistas a la producción de la caña de azúcar, impulsadas por el estado nacional, permitió el crecimiento económico de la provincia. La preponderancia de la elite local fue cada vez más marcada. Como demostró Claudia Herrera (2007) en aquella elite existieron diferencias entre los azucareros políticos y los azucareros no políticos. No se trató de una simplificación directa en la que el empresario industrial era además actor político. Sin embargo la complementariedad de intereses y objetivos entre ambos grupos generó una yuxtaposición, que se materializó en complejas redes de parentesco, lo cual ayudó a consolidar aun más el binomio: azúcar-poder. Sostenida sobre estos dos pilares, la elite tucumana, construyó una notable presencia en el estado nacional y provincial, que desde principios del siglo XX con su universidad, comenzó además a disputarle el monopolio educativo al poder central. Hubo entonces tensiones, pugnas y articulaciones colaborativas entre las estructuras del poder nacional con los capitales políticos, económicos y culturales locales.

Esos capitales culturales con los que jugó Tucumán se venían construyendo y visibilizándose desde mediados del siglo XIX. Las imágenes proyectadas por viajeros, exploradores y naturalistas que circularon por este territorio, como los germanos Herman Burmeister, Federico Lorentz o Von Stelzner, aportaron a la idea de exotismo propio de tierras lejanas. Dar identidad y pertenencia territorial-política a los objetos y a las tierras encontradas por esos viajeros fue la gran misión (Carrizo 2010a). La forma arqueológica aquí todavía se encontraba muy difusa, pues esta contribución se produjo en momentos en los que las barreras entre las disciplinas científicas eran todavía complejas y vagas. Pero ya en el pasaje del siglo XIX al XX, ciertos actores definieron a ese formato arqueológico. Adán Quiroga, por ejemplo, plenamente instalado en la provincia de Tucumán, articuló su accionar jurídico, político y literario con prácticas arqueológicas, el folklore y la historia. Su perspectiva de nación fue contrapuesta a la del puerto bonaerense, expresadas en las ideas de Domingo Faustino Sarmiento. Quiroga sostuvo en su clásica obra, *Calchaquí* (1892), que los indios de esa denominación sólo unos pocos siglos antes se habrían asentado en estas tierras. En sus trabajos vemos el intento de articular los relatos locales con los discursos nacionales de

construcción del estado-nación. Por su parte, al igual que Quiroga, el entrerriano Juan Bautista Ambrosetti construyó su trayectoria y un discurso arqueológico que también puso en diálogo a ciertos interlocutores nacionales y locales.

En definitiva, Liberani, Quiroga y Ambrosetti fueron posicionándose cada uno dentro de la disciplina arqueológica nacional, que poco a poco se delineó como tal, desde este espacio provincial y regional. Todo este juego articulador se produjo dentro de un contexto histórico atravesado por el positivismo como propuesta de un substrato epistémico-teórico que daba respuestas al proceso indagatorio, y que ayudaba a construir enunciados explicativos sobre el conocimiento de lo autóctono. Pero allí lo autóctono no era considerado sólo los “restos de indios”, sino también el paisaje de un territorio que hasta entonces era poco conocido o casi desconocido. Este positivismo se encontró sustentado en un naturalismo de tipo mecanicista que había prendido fuertemente con el darwinismo. A su vez, los problemas filosóficos, sociales e históricos y geográficos de aquella Argentina moderna, fueron analizados en función de los datos generales provistos por las ciencias naturales. Ambrosetti desde joven incursionó en el campo de esas ciencias, a través de sus exploraciones dentro del territorio litoraleño. El año 1896 fue un punto de inflexión en su trayectoria, y su viaje a Tucumán tuvo mucho que ver en este movimiento de sentidos hacia temáticas ligadas al conocimiento de lo arqueológico y lo etnográfico-folklórico. En la ciudad de Buenos Aires, un año más tarde, en instituciones como la Sociedad Científica Argentina, el Instituto Geográfico Argentino y el Museo Nacional de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Ambrosetti desplegó sus impresiones sobre Tucumán, expresando que: “Nuestro viaje por Tafí nos proporcionó un descubrimiento científico de la más alta importancia; me refiero á los menhires, esas grandes piedras paradas, de tres metros, más ó menos, de altura, que los hombres de otras edades han erigido allí por las exigencias de un culto extraño” (Ambrosetti 1897: 293).

La red de relaciones personales e institucionales de Ambrosetti creó un relato sobre lo pretérito dentro de una coyuntura estatal histórica argentina de fin de siglo, la cual necesitó patrimonializar recursos, gentes y memorias. En esa lógica Tucumán, conducido por su elite, ofreció sus restos arqueológicos, sus paisajes y sus académicos. Por ejemplo, desde abril de 1897, el naturalista Miguel Lillo pasó a integrar un exclusivo grupo de investigadores referenciales del país y el mundo, con carácter de miembro corresponsal, dentro de la Sociedad Científica Argentina. Esa era la misma institución que albergó a Ambrosetti, cumpliendo el rol de investigador y vicepresidente primero. En forma paralela instituciones científicas tucumanas, como la Sociedad Sarmiento, tomaron impulso. Esta se configuró en 1882 como un espacio cultural legitimado y prestigiado, con una serie de estrategias tendientes a la construcción de un imaginario cívico-nacional, con una impronta provincial y regional explícita, custodiando monumentos nacionales como la Casa de la Independencia, y realizando sesiones científicas, literarias e

históricas desde 1902 (Vignoli 2015). Desde este espacio las ideas de autoctonía, la ancestralidad local indígena y la hispanidad colonial fueron re utilizadas en contra de las posiciones librecambistas y extranjerizantes que circulaban en Buenos Aires. Esta última cuestión, la influencia extranjera, entendida como resultado del proceso de inmigración europea masiva producida a fines del siglo XIX, ha sido estudiada tanto por la historiografía (Devoto y Otero 2003) como también por la antropología (Maffia 2010). Además de rescatar las problemáticas complejas sobre la etnicidad, las clases sociales, la ciudadanía, el crisol de razas y el pluralismo cultural, entre otras cuestiones, ha quedado demostrado que en la Argentina existieron ideas y políticas de inmigración que tuvieron un carácter selectivo y restrictivo. En ese sentido, la elite azucarera tucumana jugó con aquel carácter en función de sus necesidades económicas y parentales. Desde la segunda mitad del siglo XIX le dio prioridad a ciertos migrantes por sobre otros. Logró armar una densa red de parentesco con el aporte de individuos masculinos de origen francés, como Nougues o Hileret (Herrera 2006). De esta forma las extensas familias de industriales azucareros consiguieron mantener y ampliar sus estrategias detentadoras de capitales políticos, económicos y sociales. Y llegados a principios del siglo XX, comenzaron también a disputar el capital cultural a la centralidad porteña.

En esta disputa, aquella poderosa elite tucumana denostó los efectos de cierta inmigración en las áreas del litoral y la pampa. En contraposición rescató el origen ancestral y autóctono de profunda temporalidad que contenía el noroeste argentino. Es por eso que en los trabajos de algunos intelectuales locales de la talla de Ricardo Jaime Freyre, Julio López Mañán y Juan B. Terán fueron colocando a los indígenas y sus registros materiales como reservorios de la conciencia histórica nacional, que Tucumán muy bien conservaba. Esto generó una tendencia espiritualista y un progresivo anti positivismo, donde la cultura aborígen era vista como parte de la tradición que se debía rescatar y difundir, pues aparecía como una perfecta síntesis entre lo americano y lo europeo.

Esas ideas al promediar las primeras décadas del siglo XX, comenzaron a circular en instituciones de investigación y en proyectos educativos provinciales. En el mes de octubre de 1914, año de inauguración de la UNT, Ricardo Rojas realizó tres conferencias en los salones de la Sociedad Sarmiento, destinadas a orientar el rol de esa casa de altos estudios. Invitado a ocupar la cátedra de extensión universitaria y auspiciado por el consejo académico, a lo largo de todas las disertaciones Rojas enfatizó la necesidad de ordenar la tarea arqueológica, entendiendo que

[...] la sección de trabajos históricos sería la llamada a realizar una parte importante en la compleja tarea, formando un museo de artes decorativas americanas, con todo el material arqueológico que hoy se dispersa, malgrado por la incuria de los dueños de estancia, donde la pala del

peón rompe una pieza hermosa al cavar una acequia en los cerros; ó acaparada por el coleccionista venal y por el expedicionario inteligente de los museos extranjeros. Hoy es más fácil estudiar telas, vasos y objetos de tocador precolombianos en museos de Europa, que no en sus fuentes americanas; y los del Tucumán en Buenos Aires y La Plata, que no aquí en la montaña de los explotados yacimientos. (Rojas 1915: 127).

El gobernador de la provincia de entonces, Ernesto Padilla, y el rector de la UNT, Juan B. Terán, ejecutaron las ideas de Rojas. Así, en 1915 se creó el Museo de Historia Natural de la provincia de Tucumán, a cargo de Miguel Lillo, donde existió una sección etnográfica. Este espacio fue el antecedente del Instituto de Etnología, creado en el marco de la UNT ya nacionalizada desde 1921, y donde el etnólogo suizo-francés Alfred Métraux ocupó el rol de director desde 1928 hasta 1935. Aquí, el formato arqueológico se complementó con el etnológico, para consolidar las imágenes sobre la tradición identitaria tucumana y regional. Estas fueron las implicancias y las funciones prácticas que la etnología de origen francés le aportó a la UNT. Formado como discípulo de Erland Nordeskiöld y de Paul Rivet, Métraux diseñó un Proyecto sobre la creación de un Museo Etnográfico y Arqueológico en la provincia de Tucumán, y un Proyecto acerca de la formación de una biblioteca de etnografía americana en Tucumán (Carta de Métraux a Terán, 07/06/1928, Göteborg, Legajo Métraux, Archivo UNT). Dichas propuestas contenían acciones que fueron ejecutadas en su gran mayoría. Dieron forma a una antropología tucumana concentrada en la etnografía sobre los “indios modernos”, que a entender de Métraux, en veinte años más o menos irían a desaparecer.

Las ideas de Rojas, Terán y la elite local, de poseer un museo vinculado a la UNT y equiparado con el Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires o el de Ciencias Naturales de La Plata, fueron cumplidas. Es notable que no existieran todavía por aquel entonces carreras o institutos de investigación en torno a otras disciplinas sociales tales como la Historia, la Geografía o hasta el mismo Derecho. Sin embargo, Terán vía Métraux intentó hacer ingresar a la etnología en la UNT. El proyecto Métraux tuvo una fuerte intencionalidad pedagógica-investigativa, sin precedentes en la región. Su propuesta programática era muy ambiciosa, por eso manifestó:

Estoy reuniendo los elementos necesarios para publicar un Manual de Etnografía y Arqueología Argentina, que en mi concepto corresponderá para la América del Sur, al inestimable Handbook of American Indians. Es decir que reuniré cuánto sabemos sobre la situación geográfica, la civilización material y moral de los indios argentinos. A mí juicio, un tal libro es absolutamente necesario y será de gran utilidad. Si consigo reunir en Tucumán material etnográfico y arqueológico suficiente, no

tendré dificultad en llevar a cabo un estudio de este índole. (Legajo Métraux, 1928 Archivo UNT).

Aquella elite azucarera tucumana que durante el siglo XIX utilizó a la inmigración francesa como estrategia de recomposición y posicionamiento social, ahora jugó con Métraux para dar prestigio regional, nacional e internacional a su Instituto de Etnología. Así, la buena recepción del etnólogo en la UNT se debió a la fascinación que se tenía en la provincia por los extranjeros, especialmente los franceses (Herrera 2006, Carrizo 2011). Las investigaciones de Métraux se concentraron en el noroeste, en el Gran Chaco y en Bolivia. Sus trabajos de campo estuvieron dirigidos hacia algunos grupos como los chiriguano y los kamakan, aquellos indios modernos. Estas investigaciones luego fueron plasmadas en un esfuerzo editorial sin antecedentes, la *Revista del Instituto de Etnología* de la UNT (Carrizo 2010b).

Tras la partida de Métraux en 1935, quedó en la UNT instalada una forma de hacer antropología vinculada a lo etnológico y lo arqueológico, que reunió el trabajo de campo intensivo, publicaciones y la formación de colecciones para museos públicos que poseían una clara intención didáctica. Por varios actores académicos pasó la dirección del Instituto de Etnología. Éste, llegado a la década del cuarenta, cambió su denominación por el de Instituto de Antropología. Radamés Altieri, proveniente de Buenos Aires y conducido por José Imbelloni, se hizo cargo de aquella organización académica por un breve período entre 1938 y 1942. Impartió clases de Etnografía y Prehistoria para los estudiantes de la carrera de Historia, que se creó en 1936 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Sostuvo la línea de trabajo en arqueología y etnografía. Pero además sumó los estudios sobre las fuentes documentales-etnohistóricas, los conocimientos lingüísticos y folklóricos. Dichas temáticas estuvieron reflejadas en la *Revista del Instituto de Antropología*, que ahora recobró su impulso. Y además, particularmente Altieri, se encargó de que a través del Departamento de Investigaciones Regionales de la UNT se editaran las Publicaciones Especiales del Instituto. Entre 1939 y 1943 se publicaron temáticas referentes a aspectos lingüísticos de la lengua quechua, yunga, mataka, entre otras, junto a obras como el texto del Padre Lozano (1773) sobre el Chaco Gualamba y el de Florian Pauke (1767) sobre los indios mocovíes. A partir de estos textos, de las investigaciones y de las clases impartidas en las cátedras por el mismo Altieri, una antropología de carácter general contenedora de conocimientos arqueológicos, etnológicos, físicos y lingüísticos-folklóricos se instaló en la UNT.

## La forma de la antropología general y la función pedagógica trunca

Tenemos el agrado de dirigirnos al Sr. Director, para poner en su conocimiento que el día 6 de mayo ha sido fundada la Sociedad Tucumana de Antropología por un grupo de profesores, estudiantes y amigos de estas disciplinas. Esta sociedad se propone reunir los esfuerzos de los estudiantes y aficionados a la antropología que se encuentran en el Noroeste argentino para facilitar la investigación y la obra de todos, difundir los conocimientos de estas disciplinas, propender a un mayor acercamiento entre los estudiosos, defender los intereses gremiales de las personas que se dediquen a las mismas, y asesorar a las autoridades sobre los problemas sociales o culturales que requieren el aporte de las ciencias del hombre. (Carta de Manuel García Soriano a Imbelloni, 1950 Archivo IAM-UNT).

Con estas palabras el 1 de junio de 1950, desde Tucumán, se informó al director del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, el antropólogo italo-argentino José Imbelloni, de la organización de una entidad que tuvo como objetivo dar cuenta de la alternativa regionalista que en materia de conocimientos antropológicos se ofrecía desde esta provincia norteña.

Es que la década del cuarenta fue la instancia de mayor plenitud y desarrollo de todas las ramas y formas conocidas de practicar a la antropología. Luego de la muerte del director del Instituto de Antropología en 1942, Altieri, se produjo la llegada de varios actores académicos porteños, y en el marco del proyecto universitario del peronismo, la UNT tuvo la posibilidad entre 1947 y 1952 de crear la primera Licenciatura en Ciencias Antropológicas del país. La misma contó con la tutela y la supervisión de Imbelloni (Carrizo 2015). Este corto, pero intenso lapso de plenitud, contuvo el despliegue de publicaciones abocadas a temáticas diversas, y sostuvo investigaciones y un ejercicio sólido de la docencia en esta materia. El objetivo de tal empresa académica estaba dirigido a instaurar profesionales locales titulados, que estuvieran destinados al estudio socio-cultural identitario de esta provincia y de toda la realidad del noroeste argentino.

Sin embargo los logros de Tucumán y de la UNT, las materialidades arqueológicas, los conocimientos etnológicos y sus publicaciones de prestigio internacional, fueron nuevamente re capitalizados y disputados por actores académicos puntuales como Imbelloni, Osvaldo Paulotti, o el recién llegado luego de la segunda posguerra, el croata Branimiro Males. Éstos, en un contexto de creciente conflictividad política, productiva y del ocaso del ciclo peronista provincial (Lichtmajer 2017), condujeron la enseñanza y la investigación de la antropología por múltiples ramas y caminos, entre ellas, la Antropología Física. El ingreso de Males produjo un viraje en el manejo y dominio académico. En menos de un año, junto al médico de origen

italiano Alfredo Sacchetti, reorientaron la dirección del Instituto de Antropología, incluso desplazándolo a Imbelloni y a sus discípulos del espacio de la UNT (Carrizo 2015). En contrasentido a la propuesta del americanismo imbelloniano, Males formuló un contenido programático en sintonía con lo que en Europa oriental, de donde provenía, se contemplaba entonces por Antropología, focalizándose en temas referentes a la Antropología Física tales como fenómenos bióticos, tipología humana, fases del crecimiento del cuerpo humano, vida y futuro de las razas, entre otros. Por su parte, la Etnografía fue la contenedora de cuestiones referidas a cultura material, cultura espiritual, vida social, costumbres y el folklore de los pueblos. Y la Etnología debía abocarse al estudio de las grandes razas (Males 1954).

Aquella plenitud de la antropología académica practicada desde la UNT comenzó a opacarse. Promediando los años cincuenta y comienzos de los sesenta, el Instituto de Antropología se encontró en la dicotomía entre un ámbito de pertenencia dentro de las ciencias naturales por un lado, o su relación con las Humanidades por el otro. Esta problemática epistémica estructural, produjo una tensión evidente que se manifestó en un vaciamiento de los recursos humanos de la carrera. Investigadores, docentes y alumnos fueron actores presenciales en 1952 del cierre definitivo de la misma, y de su intento promisorio para la enseñanza y formación de cuadros profesionales en esos saberes.

La historiografía antropológica argentina no prestó atención, hasta ahora, a este primer espacio de institucionalización destinado a la enseñanza y el aprendizaje con titulación de grado universitario específico en Antropología, contenida en la UNT. Tal particularidad se puede observar en el panorama que sobre este campo de estudio realizó Julia Name (2015). Es que, generalmente tal historiografía, tendió a realizar sus fabricaciones particularizando solamente a ciertas temáticas, actores y dando preeminencia a las prácticas focalizadas en el espacio porteño-platense. En este sentido, el relato histórico disciplinar, como cualquier otra operación historiográfica (De Certeau 1993), hace referencia a la combinación de un *lugar* social, de *prácticas* científicas concretas y de una *escritura*. *De tal modo, poco se ha considerado al espacio tucumano como centro productor de conocimientos antropológicos, y puntualmente, su licenciatura inicial posee nulidad presencial* en toda interpretación histórica referencial. Es más, aquella licenciatura confronta a las mismas formalizaciones *científicas propias* de la centralidad representada entre Buenos Aires y La Plata, ya que las pone a prueba en sus propias disputas. Así desde el espacio platense Mariano Bonomo y Luciano Prates, afirman que “El Plan de Estudios de 1958 es considerado el primero que institucionaliza la carrera universitaria de Antropología en Argentina” (Bonomo y Prates 2019: 22). A su vez estos autores sugieren que allí por más de cincuenta años, ya se enseñaban las disciplinas antropológicas como complemento de las Ciencias Naturales, y además que en ese contexto de oficialización de dicha carrera, la figura del arqueólogo Fernando Márquez Miranda fue fundamental. Esto se debe a que no solo jugó

fuerte en la organización de la licenciatura en La Plata, sino que además actuó como vaso comunicante con sus jóvenes discípulos de la Universidad de Buenos Aires, como por ejemplo *Ciro René Lafón*, para impulsar allí también la creación de la carrera que empezó a funcionar en 1959. Por su parte, el ámbito porteño, analizó también sus propias dinámicas, tiempos y lógicas en la institucionalización de su carrera en *Ciencias Antropológicas*. *Rosana Guber* y *Sergio Visacovsky* (1998, 2006) investigaron continuidades y discontinuidades internas en ese proceso, sus linajes académicos-epistémicos (Guber 2006) que no necesariamente estuvieron relacionados con La Plata. Pero sobre todo, estos autores se concentraron en la posibilidad de encontrar la existencia de algún tipo de antropología social presente por entonces en la Argentina.

Alejadas y emparentadas, ligadas o no por filiaciones genealógicas, las historias sobre las carreras de antropología de La Plata y Buenos Aires parecen pugnar por un protagonismo en el cual una intenta solapar a la otra. No obstante más allá de estas luchas, para la concreción de una carrera con titulación profesional hacen falta egresados. Y allí, nuevamente La Plata, se atribuye tal mérito ya que

Desde el punto de vista formal, los primeros Licenciados en Antropología con el Plan de 1958 fueron el coronel *Benito Trucco* (1962) y *María Cristina Orengo* (1964), defendiendo el primero su tesis doctoral en 1965. Sin embargo, el sacerdote marista *Mario Celestino Félix Cellone* egresado el 26 de julio de 1961 es considerado el primer graduado en Antropología de la República Argentina. Por este motivo, el Colegio de Graduados de Antropología, presidido por *María Amanda Caggiano* entre 1980 y 1981, instituyó el 26 de julio como el Día del Antropólogo. (Bonomo y Prates 2019: 24).

Diez años antes en Tucumán, la UNT había logrado la titulación confirmada de al menos dos antropólogos, *Graciela Nieto* y *Miguel Ángel Torres* (Berberían y Capuano 1974, Carrizo 2015).

No se trata aquí de resaltar quién tuvo la primacía al crear una carrera o sus primeros egresados, sino de reconocer la coexistencia de sentidos y otros ámbitos, para descartar la unicidad interior o de una sola dirección en los procesos históricos disciplinares que además, como pudimos observar, estaban íntimamente conectados por ciertos actores académicos ultra referenciales, como por ejemplo *José Imbelloni*. Y este ejercicio de establecer vinculaciones con otros escenarios y estrechar las relaciones que existieron con otras formas de hacer antropología, potencia la diferencia, a la vez que alimenta cualquier operación comprensiva o creadora de alteridad. Esto no quita la posibilidad de que existan contradicciones así como coincidencias en los distintos relatos historiográficos que sobre la disciplina se escriben.

En este sentido, coincidimos con Visacovsky, Guber y Gurevich (1997) al observar la complejidad de la realidad excedida más allá de la diferenciación entre modernidad y tradición, como los posibles elementos orientadores establecidos para la creación de las llamadas carreras modernizadoras del post peronismo. Como bien estos autores relatan, el establecimiento de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas durante 1958 en la Universidad de Buenos Aires no alteró significativamente la estructura y los actores de ese campo académico anterior a la etapa peronista, aunque sí determinó su subordinación a los vaivenes políticos de la Argentina de entonces (Guber y Visacovsky 2006). En efecto, en Tucumán también persistió un formato y una tradición arqueológica que pugnó con otras tradiciones antropológicas, como la europea traída por Males o la dispensada desde el centro porteño-platense. Las pretensiones de cada una de estas tradiciones, como también las coyunturas político-institucionales provinciales y nacionales, produjeron el ocaso de la carrera diseñada en la UNT.

### **El éxito de la forma arqueológica y la función museológica**

Desde 1959 se produjo la desaparición legal progresiva del Instituto de Antropología como unidad destinada a la investigación y docencia en el ámbito de la UNT. Este espacio se transformó en dos museos: el de Etnografía y el de Prehistoria. El proyecto de Males de desarrollar una institución de antropología aplicada al campo de la biología humana también se diluyó. Se dejó de publicar la *Revista del Instituto*. En mayo de 1960, el historiador y arqueólogo Pedro Krapovickas, formado en la Universidad de Buenos Aires, se hizo cargo del dictado de la cátedra de Prehistoria y Arqueología, dentro de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1962 también se encargó, por extensión de sus funciones docentes, de la dirección del Museo de Prehistoria y Etnografía, y de realizar trabajos de investigación en la especialidad. En términos administrativos el Instituto dejó de existir. Y la UNT encargó a Krapovickas el proyecto de formar recursos humanos locales para la práctica de la arqueología.

Sin embargo el espacio académico se vio ajustado a la situación económica y al clima político y social de creciente conflictividad que experimentó la provincia. Para Leandro Lichtmajer:

Entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta, la formación de las Fuerzas Armadas Peronistas y, fundamentalmente, del Ejército Revolucionario del Pueblo, a partir de un sector del PRT liderado por Mario Santucho, llevaron a que las iniciativas tendientes a crear un foco insurreccional en los montes tucumanos cobraran relieve. Ciertamente, si la singular geografía provincial constituía un entorno favorable para el despliegue de dicha estrategia, la explosiva situación social que surcaba

al espacio azucarero ofrecía un condimento insoslayable para encender la chispa revolucionaria. Por su parte, entre los movimientos armados de matriz urbana se destacó, por importancia numérica e influencia política, la organización peronista Montoneros, que hizo su aparición en escena en junio de 1970 con el secuestro y muerte de Aramburu. (Lichtmajer 2017: 190).

Particularmente en Tucumán, Montoneros realizó su primera acción pública tomando a la Casa Histórica, en febrero de 1971. Aquella presentación, buscó llamar la atención a través del ataque a unos de los referentes históricos-monumentales con los que esta provincia contó, desde sus inicios como jurisdicción moderna. Con la “Casa”, un baluarte patrimonial museográfico semejante al cabildo porteño, en otros momentos históricos la elite tucumana supo hacer gala expresiva de su nacionalidad. Sumada a los vestigios arqueológicos prehispánicos, el lugar donde se declaró la independencia, pero ahora se convirtió progresivamente en objeto icónico de disputa política. Fue allí donde simbólicamente Juan Domingo Perón declaró la “independencia económica” en 1949. Por esta razón, en homenaje a tal manifiesto, el grupo de Montoneros avanzó sobre ella en 1971. Operaciones como estas, fueron llevadas a cabo por hombres y mujeres reclutados en los ámbitos académicos tucumanos. En ese sentido, como muestra Cortés Navarro (2015) las escuelas secundarias y las diversas facultades dependientes de la UNT, aportaron un gran caudal de militantes para este tipo de agrupaciones.

Frente a tal compleja condición, el panorama de producción de conocimientos dentro del espacio referencial de la UNT, se vio convulsionado. Puntualmente en lo referido a los estudios antropológicos, en 1972 intentó desembarcar sin lograr éxitos de continuidad, una propuesta de investigación etnográfica, sustentada en la técnica de la observación participante. Con el aval institucional de la Estación Experimental Regional Agrícola del INTA, ubicada en el departamento de Famaillá, la antropóloga social Hebe Vessuri dirigió y ejecutó un proyecto destinado estudiar la realidad socio-productiva de una colonia cañera privada y de la organización cooperativa de obreros del surco de Campo de Herrera. Como relata Vessuri (2002) aquel estudio acerca de las familias zafreras atravesó múltiples dificultades. Y, desde la prensa capitalina en conjunción con la policía, el equipo del personal técnico comenzó a ser relacionado negativamente con grupos guerrilleros, por el solo hecho de provenir y estar vinculado a la UNT. Para Guber (2010), trayectos investigativos como el que intentó desarrollar Hebe Vessuri en Tucumán dan cuenta de que el conocimiento no es independiente de sus condiciones de producción. Sin embargo, también propone que, aun bajo aquellas condiciones, el trabajo de campo etnográfico se convirtió en argumento y herramienta clave para generar formas autónomas de mirar, escuchar y entender una compleja realidad, por parte de quienes conformaban los cuadros de la promisoría antropología social argentina.

Mientras tanto y por su parte, las gestiones no menos meritorias de los arqueólogos Pedro Krapovicas, Antonio Serrano, un experto en el Litoral nordeste, y Eduardo Berberian pudieron generar una corta e intermitente estabilidad en el estudio sobre las materialidades prehispánicas de la provincia. Pero ya en 1974 comenzó el desmantelamiento escalonado del Instituto de Antropología de la UNT y sus museos, cuyos objetos fueron distribuidos por distintas locaciones de la UNT en 1979-1980.

Con la vuelta de la democracia, en 1985 el rectorado de aquella casa de estudios se propuso reconstruir la pretérita organización académica que, desde entonces, fue denominada Instituto de Arqueología y Museo (IAM). También intentó retomar el formato de conocimiento antropológico de prosapia académica, creando la carrera de Licenciatura en Arqueología. Ambas propuestas fueron concretadas bajo la mirada epistémica y curricular diseñada por el arqueólogo Víctor Núñez Regueiro, discípulo del arqueólogo Alberto Rex González en la Universidad Nacional del Litoral, sede Rosario. Desde entonces, los saberes arqueológicos volvieron a darle un sitio sobresaliente a la UNT mientras, paralelamente, se produjo la dispersión y ausencia de las otras ramas antropológicas, particularmente de la antropología social (Carrizo 2015).

¿Acaso volvió a sus inicios? Con la arqueología, los antropólogos en Tucumán siguen contribuyendo a comprender y proyectar a la Nación Argentina, desde una antropología de provincia de intención nacional. Fueron los acuerdos y los disensos a instancias de la entonces elite tucumana, los que posibilitaron a la antropología convertirse en un baluarte regional distintivo. Intelectuales y académicos estudiaron las materialidades del pasado prehispánico para diseñar la Nación y aportar a la compleja articulación del poder dentro de la maquinaria estatal argentina. Hoy, las elites productivas, intelectuales y académicas han cambiado, junto al país y al mundo. Queda pendiente la pregunta de cuál será el nuevo proyecto de esta añosa antropología.

## Referencias citadas

- Ambrosetti, Juan Bautista. 1897. *Por el Valle de Calchaquí*. Buenos Aires: Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo XLIV.
- Arenas, Patricia, Carlos Aschero y Constanza Taboada (eds.). 2010. *Rastros en el camino... Trayectorias e identidades de una institución. 80 años del Instituto de Arqueología y Museo*. Tucumán: EDUNT.
- Berberian, Eduardo y Eugenia Capuano. 1974. *El Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán*. Buenos Aires: Ediciones Cabargon.
- Bonomo, Mariano y Luciano Prates. 2019. *Historias de la Arqueología en el Museo de La Plata. Las voces de sus protagonistas*. Sociedad Argentina de Antropología. Universidad Nacional de La Plata.

- Bragoni, Beatriz y Eduardo Míguez. 2010. *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires: Biblos.
- Briones, Claudia (comp.). 2005. *Cartografías argentinas: políticas indígenas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Carrizo, Sergio. 2015. Nacimiento, ocaso y dispersiones. Breve relato de la Licenciatura de Antropología en la Universidad Nacional de Tucumán. *Revista del Museo de Antropología* 8 (1): 201-214.
- \_\_\_\_\_. 2011. "Romance azucarado, relaciones entre la elite tucumana azucarera y la etnología francesa". En: *Actas/CD del X CAAS*. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- \_\_\_\_\_. 2010a. "Exploraciones arqueológicas en la construcción del territorio tucumano de fines del siglo XIX y principios del siglo XX". En: Javier Nasti y Lucio Menezes Ferreira (eds.), *Historias de arqueología sudamericana*. pp. 55-76. Buenos Aires: Universidad Maimónides-Fundación Félix de Azara.
- \_\_\_\_\_. 2010b. "Miradas reflexivas entorno a las publicaciones del Instituto de Arqueología de la UNT". En: Patricia Arenas, Carlos Aschero y Constanza Taboada (eds.), *Rastros en el camino... Trayectorias e identidades de una institución. 80 años del Instituto de Arqueología y Museo*. S.M. de Tucumán. pp. 187-210. EDUNT.
- Cortés Navarro, Gustavo. 2015. La masacre de la calle Azcuénaga. Tucumán, 1976. *Historia, Voces y Memoria*. (8): 111-123.
- De Certeau, Michel. 1993. *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- Devoto, Fernando y Hernán Otero. 2003. Veinte años después. Una lectura sobre el crisol de razas, pluralismo cultural y la historia nacional en la historiografía argentina. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. (50): 181-226.
- Ferullo, Diana. 2012. "La Conciliación de partidos de Nicolás Avellaneda y su impacto en la dinámica de funcionamiento de los grupos políticos en Tucumán, Argentina, 1878-1880". En: Ana Frega Novales *et al.* (orgs.), *Historia, Regioes e Fronteiras*. Santa María: CAPES-FACOS- UFSM.
- Guber, Rosana. 2010. La autonomía etnográfica. El trabajo de campo de los antropólogos sociales argentinos entre 1965 y 1975. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (11): 189-213.
- \_\_\_\_\_. 2006. Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires. *Avá*. (8): 26- 56.
- Guber, Rosana y Sergio Visacovsky. 2006. The Birth of Ciencias Antropologicas at the University of Buenos Aires, 1955-1965. *Histories of Anthropology Annual* (2):1-32.
- Herrera, Claudia. 2007. "Redes de poder en la elite tucumana 1850-1900". En: *XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. S.M. de Tucumán:

- Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán.
- \_\_\_\_\_. 2006. "La élite tucumana: Familias, azúcar y poder". En: *Actas de las VI Jornadas: La Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste Argentino 1900-1950*. S.M.Tucumán: Fundación Miguel Lillo. Centro Cultural Alberto Rougés.
- Liberani, Inocencio y Rafael Hernández. 1950. *Excursión arqueológica en los valles de Santa María-Catamarca*. S.M. de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Lichtmajer, Leandro. 2017. *La política: de las facciones a los partidos. Colección Historias temáticas de Tucumán, siglos XIX y XX*. Ente provincial del Bicentenario. CFI. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Maffia, Marta. 2010. La Antropología sociocultural en los estudios migratorios. Un relato exploratorio. *Revista de temas de Antropología y Migración* (0): 69-79.
- Males, Branimiro. 1954. Antropología y Etnología en la enseñanza universitaria. *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, UNT*. 2 (5): 279-294.
- Métraux, Alfred. 1978. *Itinéraires 1. Carnets de notes et journaux de voyage*. París: Payot.
- Name, Julia. 2015. El campo de estudios de la historia de la antropología en la Argentina: panorama y debates actuales. *Tabula Rasa*. ( 23): 157-179.
- Orquera Fabiola y Soledad Martínez Zuccardi. 2017. ¿De qué hablamos cuando hablamos de noroeste argentino? Configuraciones culturales de un imaginario regional. *Afuera. Estudios de Crítica Cultural* (17-18).
- Oszlak, Oscar. 1982. *La formación del Estado argentino: orden, progreso y organización nacional*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Quiroga, Adán. 1892. *Calchaquí*. Buenos Aires: Roso y Compañía.
- Rojas, Ricardo 1915. *La Universidad de Tucumán. Tres conferencias*. Buenos Aires: Imprenta Coni.
- Vessuri, Hebe. 2002. "La observación participante en Tucumán, 1972". En: Sergio Visacovsky y Rosana Guber, R. (comp.) *Historias y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Vignoli, Marcela. 2015. *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán, 1880-1914*. Rosario, Prohistoria.
- Visacovsky, Sergio, Rosana Guber y Estela Gurevich. 1997. Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. *Redes* 4 (10): 213-257.